

Estos dos puntos de vista nos hacen pensar que lo que urge en una nación es contar con auténticos educadores. "En nuestra sociedad, más que instrucción hace falta mucha educación". Más que profesores con muchos títulos oficiales hacen falta auténticos educadores, capaces de moldear directamente el alma de los muchachos y no sólo de verterles (como una jarra en un vaso) una ciencia previamente memorizada.

También se dice que "a medida que aumenten los jóvenes con ideal, disminuirán los gamberros". Y es verdad con tal de que vivan en una sociedad que les permita el acceso a ese ideal. ¡Cuántas veces ha nacido el gamberrismo literario y artístico —excentricidades que son compensación y rebeldía— porque la estructura social abandona a los bien dotados y les hace completamente imposible el acceso a su quehacer creador! (Naturalmente pienso en España y en personas que conozco).

Por fin, una última característica del gamberro (he prescindido de las más exteriores: atuendo deportivo, afición al motorismo, gesto displicente, reuniones en sitios sombríos...) es su soledad personal, su desapego familiar. Sobre todo en la adolescencia se ha ido incubando, lenta y profunda, esa soledad por abandono de los padres o por su falta de comprensión. Y se llega a la juventud con un corazón helado, que no recuerda lo que es un gesto amigo y de cariño. Y odian una sociedad así. Por eso son capaces de comportarse como lo hacen.

El gamberro no proviene del hampa, sino de familias de nivel medio y aun elevado. Y, como observa Groussard, "generalmente son buenos trabajadores y tienen dinero, demasiado dinero". Su soledad personal y su vacío religioso intentan compensarlo con sus bandas. "Los *Teddy-boys* aplacan su inmensa soledad agrupándose para matar la ausencia de Dios. El robo por el robo y la aventura por aburrimiento". Y Aranguren: "La acción por la acción, aunque sea bárbara o criminal, permite la evasión de un mundo absurdo, condenado, tal vez, a una inminente destrucción".

* * *

Los gamberros no son nuestra juventud peor. Tienen grandes posibilidades y el único camino para no inutilizarlos es nuestra comprensión. No la disculpa, sino el remedio. No el insulto, sino la meditación de las causas. No la ira, sino el amor.

Joaquín M^o. García de Dios, S. J.

RAZON Y FE

«La última novela de Graham Greene».

por J. Blajot

Julio-Agosto de 1961

Es verdaderamente consolador el hecho de que una revista española de claro matiz religioso esté pronta para enjuiciar, apenas publicada en su país de origen, una novela extranjera. La obra última de Graham Greene, "A burnt-out Case" —conocida también por su título francés, que parece se pensó respetar en la versión castellana, "La saison des pluies"—, apare-

ció este mismo año en Inglaterra. Todavía no se han aquietado las aguas de la marejadilla inicial de sorpresa y desconcierto. Todavía no ha sedimentado la crítica europea un juicio común decisivo. Se discute hoy, se dan opiniones. Es hermoso pensar que la voz de España —y, lo que es más, la de un religioso español— no falta a esta cita de valoraciones teológico-literarias.

A mi modesto entender, el juicio de Blajot es penetrante, fiel al sentido de la obra. En esta especie de adivinación y exégesis que supone la interpretación de una literatura que oscila entre la abertura y la equívocidad, no es fácil dar con lo esencial del mensaje que se transmite o se suscita. Blajot, sin embargo, demuestra ser un perfecto conocedor de la manera de hacer del novelista inglés. Va derechamente —y se admira de que otros no lo hayan hecho— al punto central de la obra: a esa parábola del Rey, que lo quiere explicar todo.

Bien, ésa es la clave. Me permito no obstante justificar esa negligencia, ese olvido de la Crítica, que Blajot quiere, y consigue, subsanar. No es raro el pasar por alto, a la hora de la valoración, una escena como ésa. ¿Por qué?

Se queja Blajot de la “insistente imaginería sexual”, no del todo necesaria, aunque así se lo parezca a algún crítico. Quizás esté aquí la explicación de lo que ha ocurrido con esa escena que Blajot juzga esencial, la “autoconfesión” de Querry. Tengo para mí que la escena está desambientada, fuera de lugar. A quienquiera que conozca la facilidad de Greene en abordar, hasta el extremo, la línea del amor ilícito —concretamente, el adulterio— le resulta difícil concentrarse en la meditación de una parábola situada en unas circunstancias de lugar y tiempo— Querry, de noche, en la habitación de Marie Bycker— que mantienen, que exigen, un *suspense* molesto, violento, ante lo inmediato de la torpeza que se presiente y que al final, no se consuma. La misma ambientación de la imaginería sexual parecía que forzaba a la trama a desembocar en el adulterio. El lector está preparado, lo ve venir. Y es justamente en ese momento cuando el novelista inserta una larga parábola, profunda y desconcertante.

No, no es raro que muchos, la mayoría, la hayan pasado por alto. Quizás sea un fallo de Greene en la construcción. Quizás, lo que es también posible, haya sido un alarde de técnica, algo pretendido y de subidos quilates literarios. En este caso, sería interesante pensar todo el valor del impacto que en el lector pueda causar la actitud extraña del protagonista. En el fondo, es toda la humanidad la que se siente harta de tanto absurdo; la que tiene necesidad de tener los nervios tranquilos y la sangre quieta para no reincidir en el absurdo aun en el momento en que, incluso el mismo hombre sensato —se supone que el lector lo es— empieza a sentir que el absurdo empieza a ser lógico, natural. Y no se olvide que lo sexual es símbolo en esta novela; lo radical es el problema tremendo de la fe.

Sí: quizás sea eso. Puede que el valor de la escena esté en su posibilidad de plasmar genialmente la actividad del que empieza a sentir la frialdad —Colin cree que la frigididad es el problema de Querry— ante el absurdo. Sus últimas palabras pueden ser reveladoras a este respecto: “Absurdo, dijo Querry. Esto es absurdo, a no ser que...”.

Pero es la humanidad entera, aun el hombre sentado, la que se siente acusada unida a ese absurdo. Tal vez esa escena del cuarto del hotel de Luc sea un test que revele muchas contradicciones e inconsecuen-

cias; una crítica feroz contra quien todavía puede aceptar como lógicos —aunque no como lícitos— los gestos insuficientes de un amor al hombre o a Dios. La intención es manifiesta:

“El decía que había llevado siempre hasta el final los gestos del amor; incluso respecto a Dios, en la época en que creía”.

Carlos Muñiz, S. J.

EN EL SANTORAL HA HABIDO UNA BAJA: SANTA FILOMENA

TEOLOGIA Y VIDA.—Sobre Santa Filomena,

por P. Mario González, S. D. B.—P. Francisco Clodius, S. A. C.

II n.º 2, Abril-Junio 1961, 115-118

MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

Santa Filomena no es Santa Filomena

Buenos Aires. Junio 1961, n.º 482-83, 78-81

La historia es sencilla: La Sagrada Congregación de Ritos ha dado un decreto retirando del santoral a la que aparecía como “Santa Filomena, virgen y mártir”.

La reacción ha sido múltiple: desconsuelo en los devotos de la pseudosanta. Crisis de fe en los que tienen una cultura religiosa superficial y creen que ha habido un error en la infalibilidad pontificia. Repique de tambores en la acera de enfrente arguyendo “a base de ruido” que efectivamente “erró el Papa infalible”. Y por fin, satisfacción profunda en los eruditos que ven refrendados por el Papa sus estudios históricos, y en los católicos auténticos que ven una vez más que a la Iglesia no le asusta nunca la verdad.

¿Y eso de la infalibilidad del Papa? Santa Filomena no era una santa “canonizada por un Papa solemnemente”, sino que su culto fue “permitido” por el Papa a instancias de la piedad popular. Esta piedad popular estaba fundada en un supuesto que ahora se ha demostrado ser falso. Una “permisión pontificia” no es una “definición ex cathedra”. Si lo son las canonizaciones oficiales, no las permisiones de un culto popular.

Tampoco el culto de Santa Filomena tenía a su favor la tradición primitiva y secular de la Iglesia. En realidad la lápida del siglo II que dio origen al error, se descubrió el 24 de mayo de 1802 y hasta el 1837 no se autorizaba su culto público.

¿Hay que reconocer un error en la permisión de ese culto? Naturalmente que sí. Un error que no ha hecho más que bien a los fieles mientras fue error admitido de buena fe, y cuya enmienda es una obligación una vez que se ha llegado a la verdad histórica. La Iglesia nunca ha admitido el error, sino que permitió lo que hoy es un error y entonces tenía garantías de verdad. Y lo que nunca hizo fué *definir* un error como verdad, en lo que habría comprometido su infalibilidad.

Sería tema de una nota más amplia exponer los falsos presupuestos que fundamentaron ese error. Tal vez en otra ocasión volvamos sobre ello. Únicamente salir al paso de la otra dificultad de tipo crítico-piadoso: